

La higiene en las escuelas del medio rural en Baja California desde la perspectiva de los médicos pasantes (1937–1954)

Hygiene in rural schools in Baja California from the medical interns' perspective (1937–1954)

Arturo Fierros Hernández*

Resumen

Este artículo describe y analiza cómo se dieron las acciones para mantener la higiene del alumnado de las escuelas del medio rural de Baja California, a partir de la revisión de 74 tesis de los pasantes de medicina que estuvieron en la zona de 1937 a 1954. La investigación busca contestar las siguientes preguntas: ¿Cuáles fueron las prácticas higiénicas que se gestaron en las escuelas rurales bajacalifornianas? ¿Quiénes fueron los agentes que contribuyeron en la puesta en marcha de esas prácticas? ¿Cómo incidió el contexto en la toma de decisiones para que se efectuara tal o cual acción que contribuyó a la higiene de los alumnos?

Palabras clave: Escuelas rurales, Baja California, médicos pasantes, higiene escolar, profesores rurales.

* Secretaría de Educación Pública. Licenciado en Historia y profesor en nivel secundaria. Ha publicado diversos artículos sobre la historia de la medicina y la salud pública. Cuenta con un libro, *Historia de la salud pública en el Distrito Norte de la Baja California 1888–1923*. Recientemente publicó un artículo en la revista *Secuencia* del Instituto Mora, titulado "Una lucha interminable: la tuberculosis en Baja California, México, durante el siglo XX". Actualmente está realizando una investigación sobre la historia global de los experimentos con humanos, además de una sobre la higiene escolar en Baja California, del Porfiriato a la década de 1960 (en coautoría). ORCID: <http://orcid.org/0000-0002-5689-7529>, correo electrónico: arturofierros@gmail.com.

Cómo citar este artículo:

Fierros Hernández, A. (2023). La higiene en las escuelas del medio rural en Baja California desde la perspectiva de los médicos pasantes (1937–1954). *Revista Mexicana de Historia de la Educación*, 11(22), 119–146. <https://doi.org/10.29351/rmhe.v11i22.481>



Abstract

This article describes and analyzes how actions were taken to maintain the hygiene of rural school students in Baja California, based on the review of 74 theses of medical interns who were in the area from 1937 to 1954, which is the period of greatest activity in Baja California. Therefore, this research tries to answer the following questions: What were the hygienic practices that were developed in rural schools in Baja California? Who were the agents that contributed to the implementation of such practices? How did the context influence the decision-making process to carry out this or that action that contributed to the hygiene of students?

Keywords: Rural schools, Baja California, medical interns, school hygiene, rural teachers.

Introducción

La Revolución mexicana trajo consigo cambios estructurales. Uno de ellos fue la puesta en marcha de una nueva Constitución de los Estados Unidos Mexicanos, creada a partir de la reunión del Congreso constituyente (llevado a cabo del 1 de diciembre de 1916 al 31 de enero de 1917), que buscaba hacer que las demandas revolucionarias se institucionalizaran. Con la implementación de la Constitución de 1917 se reformaron los artículos 3º, 27 y 123, referentes a la educación, a la tenencia de la propiedad y a los derechos laborales, respectivamente, con miras a apoyar y modernizar sectores que no habían sido considerados durante el régimen porfirista, como el rural, lo que se alcanzó hasta cierto punto.

El gobierno de Álvaro Obregón (1920-1924) repartió más de 1 millón de hectáreas entre los campesinos. Durante el mandato de Plutarco Elías Calles (1924-1928), de la misma forma que en el de su antecesor, se repartieron hectáreas a los campesinos (Reynoso, 2020). Todas las políticas revolucionarias alcanzaron su punto “más radical con la reforma agraria llevada a cabo por el gobierno de Lázaro Cárdenas (1934-1940) en la década de 1930” (Reynoso, 2020, p. 8).¹

Otro de los aspectos que preocupó a estos gobiernos fue la educación rural. Durante el periodo en el que Obregón ocupó la silla presidencial se creó la Secretaría de Educación Pública (SEP) en 1921, con José Vasconcelos a la cabeza, que instauró tres departamentos: Desalfabetización, Educación Indígena y Bellas Artes. Con Elías Calles la SEP cambió de secretario, ahora fue José Manuel Puig Casauranc (1924-1928), bajo su dirección se amplió su estructura administrativa interna y se agregaron otros catorce departamentos

¹ Esta situación debe de ser matizada, ya que había intereses de diversos grupos, lo que el historiador José Alfredo Gómez Estrada llamó “lealtades divididas”. Para hacer un acercamiento a dicha cuestión véase Gómez, 2012; Martínez et al., 2016; Reynoso, 2020.

(Menéndez y Gudiño, 2020); la idea prevaleciente en este periodo “fue la de dar un para qué específico a la educación popular, enfatizando los conocimientos prácticos capaces de llevar sus beneficios hacia la producción agrícola y ganadera, la industrial, la salud e higiene pública o el desarrollo de los recursos naturales” (Castro, 2015, p. 14). En suma, durante los años veinte “el sistema educativo fue creciendo, inspirado en la escuela de la acción y el objetivo de civilizar a los campesinos” (Civera, 2011, p. 13).

En 1934 se modificó nuevamente la Constitución de los Estados Unidos Mexicanos, “para estipular que la educación que impartiría el Estado sería socialista y coeducativa” (Civera, 2011, p. 13). De hecho, fue durante el mandato de Lázaro Cárdenas cuando se llevó a cabo el Primer Congreso de Higiene Rural. Se puso tanto énfasis en el entorno rural que incluso en el Congreso se presentaron tres ponencias relativas a la higiene en las escuelas rurales: “Algunas consideraciones acerca de la reglamentación sanitaria de la higiene escolar rural”, presentada por el médico Manuel Perea; “Reglamentación sanitaria de la higiene escolar rural”, del doctor Francisco Anaya, y “Reglamentación sanitaria de la higiene escolar rural”, de la enfermera escolar Enriqueta Acosta (Primer Congreso Nacional de Higiene Rural, 1935). Es decir, se buscaba que las personas de las zonas rurales tuvieran, además de la educación formal, una que obedeciera a los cánones de la higiene de ese tiempo.

La historiografía nos dice que, con el advenimiento de sucesos de índole mundial y la llegada de nuevos mandatarios que ocuparon la silla presidencial después de 1940, enfocaron su política acorde a la dinámica del sistema, entonces los planes gubernamentales cambiaron, y con ellos los educativos. En 1942 una ley de educación quitó el carácter co-educativo a la educación y en 1945 un nuevo artículo constitucional “eliminó su orientación socialista para volver al laicismo planteado por los constituyentes de 1917 y encausar [sic] un proyecto educativo modernizador y uniformador, que eliminaba el carácter especial de la educación rural que se había impulsado desde 1921” (Civera, 2011, p. 13). En otras palabras, los cambios en el contexto mexicano, derivados de la reestructuración del orden mundial a partir de la Segunda Guerra Mundial que resultaron de la hegemonía estadounidense y soviética, hicieron que México entrara en otra dinámica estructural, lo que trastocó el ámbito educativo (Civera, 2011).

No obstante, hay procesos que tuvieron continuidad en diversos rubros, no importando la ideología política de quien los propuso, sino la utilidad que tienen para los diversos programas políticos y la justificación social, como las mismas escuelas rurales, que aunque con el transcurrir de los años algunas cambiarían de denominación, la dinámica seguiría en la misma tónica hasta bien entrado el siglo XX, aunque los profesores pasaron de una “condición rural a una cada vez mayor relevancia urbana” (Maríñez, 2011, p. 25), en un contexto en que los lugares bajacalifornianos habitados eran mayormente rurales porque

la agroindustria fue importante para la economía de Baja California (Méndez, 2017). En el ámbito educativo, como bien afirma Rosario Maríñez,

la educación primaria en Baja California Norte, en las primeras tres décadas del siglo XX, se desarrolló en las zonas urbanas, asociada a una economía de servicios; y posteriormente, al arribar la cuarta década, se extendió a las zonas rurales, asociada a las actividades agrícolas. En cambio, la mayor construcción de escuelas se realizó en las áreas rurales, en especial en el Valle de Mexicali y en menor medida en Tijuana y Ensenada [Maríñez, 2011, p. 188].

En consonancia con lo anterior busco mostrar que en las escuelas rurales bajacalifornianas las acciones implementadas por el profesorado para la mejora de la higiene de las escuelas y los escolares no cambió de manera abrupta con la aplicación de las leyes y los cambios de gobierno, tal como sucedió en otras partes de México, diversos agentes (principales los docentes) siguieron llevando a cabo prácticas que contribuían a la higiene escolar y su vigencia y permanencia tenía que ver con su funcionalidad y practicidad. El objetivo es contestar a las preguntas: ¿Cuáles fueron las prácticas higiénicas que se gestaron en las escuelas rurales bajacalifornianas? ¿Quiénes fueron los agentes que contribuyeron en la puesta en marcha de esas prácticas? ¿Cómo incidió el contexto en la toma de decisiones para que se efectuara tal o cual acción que contribuyó a la higiene de los escolares?

Para demostrar el mencionado supuesto recurro a los trabajos recepcionales de médicos pasantes que llegaron a realizar su servicio social a las zonas consideradas como rurales² de Baja California desde 1937 hasta 1954, que son los años en que hubo mayor número de trabajos por la carencia de servicios médicos en las comunidades.

Para realizar lo anterior se utiliza una metodología histórico-social, a través de la perspectiva de la historia de la salud pública.³ Se revisaron 74 tesis, para la primera revisión

² Fue instituido durante el gobierno de Lázaro Cárdenas, bajo un acuerdo entre este y las autoridades universitarias en 1936, aunque desde un año antes la Universidad Nacional Autónoma de México y la Universidad de Morelia comenzaron a realizarlo (Carrillo, 2005). El programa consistía en que los médicos desarrollarían su servicio en los centros de salud de la Secretaría de Salubridad y Asistencia, en poblaciones de más de 1,000 habitantes que carecieran de médico, o en las unidades médicas de las oficinas descentralizadas (Instituto Mexicano del Seguro Social, Petróleos Mexicanos, Ferrocarriles Nacionales, etc.), donde dieron atención y educaron a comunidades campesinas e indígenas, cuestión que contribuyó al sostenimiento de los "nuevos servicios rurales"; si los médicos recién egresados realizaban su servicio en los centros de salud o en poblaciones de más de 1,000 habitantes la Secretaría de Salubridad y Asistencia les otorgaba una compensación hasta de 1,000.00 pesos mensuales, otros eran pagados por diversas dependencias oficiales o particulares, desde la instalación del programa hasta después de 1970 (Fujigaki, 1969, p. 38; Carrillo, 2005, p. 162; Graue-Wiechers, 2011).

³ Es la que concentra su análisis "en el poder, la política, el Estado, las instituciones y la profesión médica. En gran medida es una historia donde la medicina pública suele aparecer en clave progresista –intentando ofrecer

rápida se buscaron apartados o capítulos con las palabras clave “educación”, “alfabetización”, “escuelas”, “cultura”, “docentes”, “alumnos” y “edificios públicos”. En la primera revisión se descartaron 35 tesis, las cuales no contenían ningún apartado ni capítulos relacionados con el tema, o simplemente eran reportes enfocados estrictamente en casos de pacientes y campañas médicas. En una segunda revisión se buscó con mayor detalle el trabajo completo y se leyeron los capítulos o apartados en donde se encontraban las mencionadas palabras clave. Esos trabajos fueron elegidos para realizar esta investigación.

Es necesario puntualizar que en las que mayormente se centra esta investigación es en las del Valle de Mexicali, por ser el lugar del que se tiene la mayor información y por ser el de mayor extensión. Los trabajos de los médicos dan cuenta de las condiciones higiénicas en las que se encontraban las escuelas y los escolares. Este texto forma parte de una investigación más amplia sobre las diversas medidas que se llevaron a cabo para preservar la salud de las personas que habitaban en esos lugares.

Contexto rural y servicios de salud en Baja California

En lo que se refiere a la extensión de tierra las poblaciones bajacalifornianas fueron mayoritariamente rurales todavía hasta bien avanzada la década de 1950, pues la mancha urbana como tal era poca. Incluso si hablamos de *urbano*, como lo hace notar Rosario Maríñez, al referirse a las diversas categorías de escuelas, una parte de ese espacio era considerado *semiurbano* (Maríñez, 2005, p. 95).⁴

Algunos autores mencionan que todavía para mediados de la década de los 40 la población rural en Baja California representaba el 45.6% (Bonada, 2016). Luis Villamar, un pasante de medicina que estuvo en Mexicali, calculó que había aproximadamente 15,000 habitantes que vivían en ejidos, colonias agrícolas y rancherías. La mayoría de la población estaba formada por los ejidatarios y sus familias, “que algunas veces constan de una esposa únicamente, pero en otras ocasiones son muy numerosas, llegando hasta 8 o 10 personas que las componen” (Villamar, 1941, p. 21).

soluciones eficaces para la lucha contra las enfermedades del mundo moderno— y donde las relaciones entre las instituciones de salud y las estructuras económicas, sociales y políticas están en el centro de la narrativa. Discute no tanto los problemas de la salud individual sino la de los grupos, estudia las acciones políticas para preservar o restaurar la salud colectiva y suele enfocar su atención en los momentos en que el Estado o algunos sectores de la sociedad han impulsado iniciativas concretas resultantes de una evaluación donde los factores médicos y epidemiológicos cuentan tanto como los políticos, económicos, culturales, científicos y tecnológicos. Es una historia que se pretende útil e instrumental” (Armus, 2002, p. 43).

⁴ No está de más decir que lo que hoy se considera “mancha urbana” no tenía la misma connotación por esos años, pues solo una sección contaba con los servicios de agua potable por tubería, electricidad, drenaje, y ni hablar de calles pavimentadas o petrolizadas (asfaltadas).

Si bien desde la década de 1920 había varios ejidos y colonias agrícolas en las diversas poblaciones de Baja California, fue durante el gobierno de Lázaro Cárdenas que estos se acrecentaron, porque fue una de las entidades que recibió los beneficios del gobierno cardenista; "como se ha demostrado, las dotaciones ejidales comenzaron en 1937, estas se transformaron en colonias agrarias, ejidos y unidades productivas" (Méndez, 2017, p. 75). Sin embargo, se debe tener en cuenta que esta situación fue distinta en todos los poblados bajacalifornianos.

En Ensenada el crecimiento fue más orgánico, en el sentido de que las tierras fértiles fueron pobladas poco a poco por agricultores mexicanos que fueron repatriados entre 1922 y 1923 (Olvera, 1943, p. 17). La zona conocida como el Valle de Maneadero, que estaba fuera del cerco del perímetro libre (Aragón, 1937, p. 28), fue testigo del surgimiento del Ejido Nacionalista a finales de 1937, compuesto principalmente por mexicanos dedicados a la agricultura que fueron repatriados de Estados Unidos (Ceja, 1942, p. 14). En el lugar se cultivaba en mayor medida chile, frijol y maíz. Para 1940 lo habitaban 722 personas, un testigo calculó que un par de años después había cerca de 1,500 habitantes en el sitio (Olvera, 1943). Un testimonio indica que, aunque había ejidatarios que utilizaban tecnología que era tirada por caballos o mulas, otros más tenían "una posición económica bastante holgada [usando] maquinaria modernísima [como] trilladoras y tractores de gasolina" (Ceja, 1942, p. 16). Otros ejidos fueron el Chapultepec y el Uruapan (Olvera, 1943, p. 20).

En Tijuana, a diferencia de otras partes de la República Mexicana "no se buscó romper las estructuras latifundistas, ya que no existían como tal" (Bonada, 2016, p. 30). No obstante, como Tijuana todavía para la década de 1930 tenía una población escasa de aproximadamente 11, 271 personas y una gran parte de ellas se encontraba en lo que se consideraba la zona urbana, dedicándose a las actividades propias de ese lugar (Piñera y Rivera, 2013, p. 198), "por lo que grandes extensiones de tierra no se explotaban y por ende el gobierno las consideró ociosas", se buscaba entonces poblarlas. Al dar esas tierras, otro de los objetivos era evitar que los campesinos se fueran a Estados Unidos (Bonada, 2016, p. 30); surgieron entonces la colonia agraria Buena Vista, los ejidos Chilpancingo y Tampico (donde no había escuelas). Por otra parte se reorganizó la zona agrícola de La Mesa (que tenía dos escuelas), esta última compuesta por 68 hectáreas (Bonada, 2016).

En Mexicali la situación fue un poco distinta: en el Valle, el lugar más fértil de esa población, compuesto de un total de 492,164 hectáreas, de las cuales 178,340 se consideraban cultivables, 124,906 inundables, 112,618 eriazas y 76,300 salitrosas (Solorio, 1941, p. 17), aunque de cierta manera se buscó romper con las estructuras latifundistas, pues en 1937 Lázaro Cárdenas expropió varios terrenos mexicalenses que diversas compañías

tenían en concesión, como la Colorado River Land Company, a la que se le expropiaron 100,000 hectáreas, lo cierto es que aún para 1946 la Colorado “siguió siendo la principal propietaria de tierras” (Grijalva, 2021, p. 24).

Figura 1.
Mapa del Valle de Mexicali para el año de 1940.



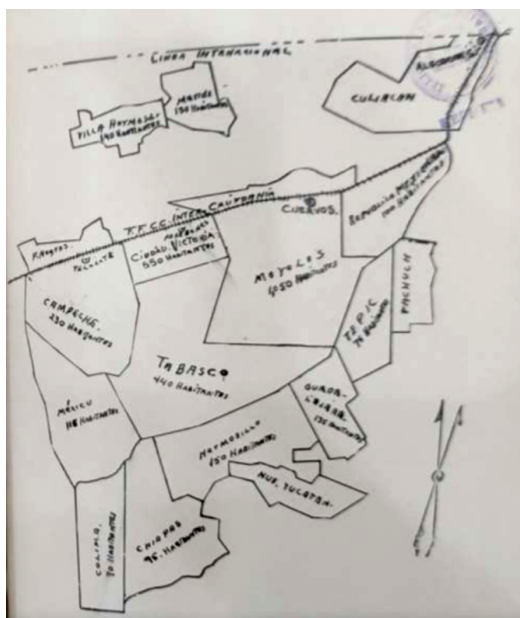
Fuente: Solorio, 1941, p. 9.

Dichas tierras se pusieron a la venta, en ellas se crearon colonias agrícolas y ejidos, una de las cuales fue la colonia agrícola Hechicera, que se formó al lado de una hacienda de una extensión de 6,475 hectáreas posesión de la Imperial Land Company, que también fue expropiada por órdenes del gobierno cardenista (Grijalva, 2021, p. 24).

Otro lugar fue la colonia agrícola Venustiano Carranza, formaba parte de Campos Nuevos (21,000 hectáreas), ubicada a 115 kilómetros de la ciudad, a la cual se llegaba por un camino “hecho de tierra casi, por el intenso tráfico de automóviles que lo recorren”, parcelas de 50 y 100 hectáreas. Para 1940 en ella habitaban 127 familias (Guridi, 1941, p. 15).

Igualmente había varios sitios dedicados a la agricultura en la zona ejidal de Cuervos –que se llamaba así porque era cercana a la estación del ferrocarril de ese nombre ubicada en el kilómetro 67 del ferrocarril inter California–. Hacia 1943, cercanos a Cuervos estaban los ejidos Campeche (compuesto por 230 habitantes), México (115), Colima (70), Ciudad Victoria (550), Tabasco (440 habitantes), Chiapas (75), Hermosillo (150), Nuevo Yucatán, Guadalajara (135), Tepic (75), Morelos (1,050), República Mexicana (100), Pachuca, Villa Hermosa (140), Mérida (150), Culiacán, P. Negros y California (Figura 2).

Figura 2.
Mapa de la zona ejidal cercana a la Estación Cuervos.



Fuente: Ortiz, 1943, p. 25.

Si bien una parte de los moradores de estos ejidos eran mexicanos que por diversos motivos habían regresado venidos de otros estados de la República mexicana o de los Estados Unidos, un testimonio nos hace saber que el grueso de los

campesinos han venido de todas partes de la República, de ahí la designación que se les ha dado a los ejidos [...] según el lugar de donde han emigrado, en grupos de 10 o más personas, los individuos que los habrían de poblar llamaban a su ejido con el nombre del lugar donde son originarios. Había incluso uno de personas de origen chino [Villamar, 1941, p. 21].

Las formas de abastecimiento de agua fueron distintas. Los ejidatarios ensenadenses que se surtían de agua extraída de sus propios pozos o norias la utilizaban para “beber, bañarse, y en general para todos los usos domésticos”; los que no tenían manera de extraer el vital líquido “acarreaban agua” de propiedades cercanas, o bien compraban a personas que se dedicaban al acarreo (Ceja, 1942, p. 19). En algunos ejidos de Mexicali se tomaba agua de los afluentes del río Colorado, aunque esta se colaba, se hervía y en ocasiones se

le colocaban pastillas de cloro, pues tenía un sabor raro y un color opaco (Guridi, 1941). En Tijuana el agua para el consumo se obtenía de pozos y para los demás usos de los afluentes del río Tijuana, sin embargo, al igual que en Mexicali, representó un problema para el riego de parcelas (Bonada, 2016).

En lo que respecta a las viviendas y los escusados, se podría decir que todos los espacios agrícolas compartían características generales. Una de estas es que en todos los lugares las viviendas estaban alejadas unas de otras. En el Valle de Maneadero había casas de madera, adobe y mampostería (Ceja, 1942), de igual manera en Tijuana. Tanto en los lugares mencionados anteriormente como en Mexicali había algunas casas que intentaban emular el estilo arquitectónico victoriano que predominaba en California,⁵ otras casas de los ejidatarios mexicalenses

están construídas en una forma parecida a las de la ciudad, pues son levantadas con material de emplasto; forman el armazón con troncos de árboles, la tela de alambre es substituida por ramas de una yerba: la cachanilla, que crece muy abundantemente en la región y el emplasto lo hacen con lodo; por techo tienen una enramada, muy tupida, también de la misma yerba [Villamar, 1941, p. 27].

Así mismo se hacía con los escusados, aunque algunos ni siquiera llegaban a un techo de ramales, otros más tenían pedazos de madera para cubrir la parte superior. Estos se instalaban a unos 100 o 150 metros de las casas, donde se cavaba un pozo improvisado que en ocasiones se acompañaba de un banco para sentarse al momento de defecar. Algunas personas más optaban por no realizar la instalación mencionada y hacían sus necesidades al aire libre (Guridi, 1941; Ceja, 1942).

En lo referente a los servicios médicos y de salud, eran muy escasos. En el poblado del Rosario –ubicado a 250 kilómetros de Ensenada–, donde radicaban aproximadamente 400 personas, se exigía la presencia de un médico cirujano (AGN, 1932). En Bahía de los Ángeles se reportó en 1938 que no tenían ni servicios médicos ni medicinas, y por falta de ellos murieron cerca de once personas, entre chicos y grandes (AHEBC, 1940).

En la colonia agrícola Venustiano Carranza, según informa el pasante Roberto Guridi Sánchez, las personas se veían en la necesidad de pagar un médico para que viviera en el lugar por un tiempo, porque no había servicios de esa naturaleza brindados por el Estado, ya que residir ahí permanentemente para dichos profesionistas resultaba poco rentable debido a que las viviendas se encontraban dispersas entre sí –que era aproximadamente de una distancia de un kilómetro entre casa y casa– (Guridi, 1941, pp. 37–38). Una situación similar se presentaba en el Valle de las Palmas (cerca de Tijuana), donde todavía para la

⁵ Para ver más a fondo el asunto de la cuestión arquitectónica consúltese Piñera y Bejarano, 2011.

década de 1940 sus pobladores demandaban los servicios de un médico que radicara en el lugar, lo que se logró el 1 de noviembre de 1947 con la llegada del doctor Oscar Velasco L., quien solo estuvo allí por un lapso menor a dos meses. Sobre su partida dio las siguientes razones: 1) Población diseminada y escasa, ya que tenía que recorrer 18 mil hectáreas para los 250 habitantes mejor ubicados, y los otros mil y fracción de habitantes se encontraban diseminados en un radio de 20 kilómetros. 2) Profesional y económicamente incosteable, debido a que los cerca de dos meses que estuvo ahí solo atendió 14 casos. 3) Falta de medios de transporte adecuados para terrenos "extremosos" (AGN, 1932).

Pero las exigencias no estaban dirigidas solo a la falta de atención, sino también a la de infraestructura. De hecho, cuando había casos que eran de "difícil" atención tenían que trasladarse a alguna clínica particular o al Hospital Civil con ubicación en la ciudad. Durante el mes de agosto de 1940 ejidatarios del Valle de Mexicali exigían al gobierno la construcción de un hospital, mismo que se establecería bajo un préstamo que otorgó el gobierno federal (AGN, 1939). Cabe hacer mención de que el presupuesto que se asignaba a cada unidad hospitalaria "dependía de la cantidad de ejidos a los que atendía y de la extensión del territorio que estos abarcaban; también, de las dificultades de comunicación" (Carrillo, 2005, p. 162), lo cual fue fundamental porque muchos lugares mexicalenses desempeñaban un papel relevante en la producción algodonera, que se exportaba principalmente a Estados Unidos (Grijalva, 2014).

Y aunque durante los gobiernos de Ávila Camacho (1940-1946) y Miguel Alemán Valdez (1946-1952) hubo una transformación en las poblaciones bajacalifornianas, porque las actividades económicas tuvieron profundas repercusiones en la infraestructura de los asentamientos que componen Baja California, lo cierto es que las zonas agrícolas siguieron siendo activas (Méndez, 2017, p. 75), así como careciendo y padeciendo de lo que se ha mencionado en este apartado, por lo que fue fundamental dotarlas de servicios que podríamos considerar esenciales, por encontrarse dentro de la Constitución y por ser el campo un área de interés de los gobiernos surgidos de la Revolución mexicana. Uno de estos servicios fue la construcción de escuelas y la constante preocupación (a veces por parte de las autoridades y otras de los mismos pobladores) porque estas contarán con todos los servicios referentes a la higiene, especialmente durante el gobierno cardenista, cuando "tuvo lugar un periodo muy importante de construcción de escuelas rurales" (Mariñez, 2011, p. 159). Según Mariñez (2005, p. 95) para 1937 había 45 escuelas rurales en todo Baja California, se tiene reporte de que algunos años después aproximadamente diez eran las escuelas de ese tipo estaban en el Valle de Mexicali (Villamar, 1941, p. 29).

El espacio escolar

La importancia de estudiar el espacio escolar cuando se habla de higiene es esencial, puesto que, como lo ha mostrado María Eugenia Chaoul, desde inicios del siglo XX “el espacio escolar salubre se equiparó a un ambiente moral deseable” (Chaoul, 2012, p. 257); en otras palabras, la escuela fue el ejemplo de cómo debía configurarse el entorno de desarrollo del alumnado. En este sentido las escuelas rurales (Loyo, 1990), al igual que las urbanas (Chaoul, 2012; Piñera y Fierros, 2021), tuvieron sus peculiaridades. Engracia Loyo (1990) refiere que las escuelas rurales sufrieron variadas transformaciones y particularidades en diversas partes de México desde el Porfiriato hasta el Cardenismo, incluso dentro de la misma localidad.

Para finales de 1937 se reporta la existencia de una escuela en El Sauzal, en Ensenada, que era de tipo mixto, conformada por una estructura de cemento “armado, con techo de madera [...] contaba con iluminación frontal y bilateral”, pues tenía tres grandes ventanas, de doce luces cada una, y dos ventanas de igual tamaño al frente, por las que ingresaba aire natural. Los escusados eran del mismo tipo que los de las poblaciones rurales. El agua que se consumía era recogida de la llave general de la población y “llevada a la escuela en recipientes para que los alumnos tomen en un vaso común de peltre” (Pérez, 1938, p. 20).

En el Valle de Maneadero, ubicado en una colina alejada del “pueblo, en un ambiente de aire puro, donde se domina todo” el lugar, se encontraba la escuela Rodolfo Sánchez Taboada, llamada así a inicios de la década de 1940, en alusión al gobernador en turno, porque por ese tiempo el gobierno del Territorio le había añadido un edificio de “cemento armado con piso de mosaico y techo de teja, con puertas amplias y ventanas múltiples –protegidas con tela de alambre–”, compuesto por tres grandes y “espaciosos salones [...] en perfectas condiciones higiénicas”, además del que ya tenía, que era un inmueble de madera (pintado por dentro y por fuera), de dos salones de considerable tamaño, “con ventanas protegidas por cristales”, piso de tarima y techo de tejamanil (Ceja, 1942, p. 35; Olvera, 1943, p. 32; Aguilera, 1950, p. 29; Baños, 1951, p. 39). La escuela por lo general se encontraba limpia, dicen los testimonios, pues esta tarea era encargada a los propios alumnos diariamente (Baños, 1951, p. 39). La Sánchez Taboada contaba también con servicios sanitarios ubicados a 50 metros de los edificios escolares, señaló el pasante de medicina Antonio Ceja: “se encuentran 2 retretes, uno para hombres y otro para mujeres [que] consisten en casetas bien construidas, de fosa fija permeable, cubiertos por tarima y al mismo tiempo una sentadera de color blanco, estilo excusado inglés”. Después de 1942 contaría con servicio de agua de uso común, que se surtía desde el depósito situado cerca de la secadora de chile, lo que permitió la instalación de regaderas (Ceja, 1942, p. 35). Si

bien hacia finales de 1948 la escuela continuaba en las mismas condiciones, el pasante Enrique Belli Cortés se quejó de que la mala administración había quitado el buen servicio sanitario del que gozaba (Belli, 1949), pero a decir de varios pasantes que estuvieron en el lugar, era una escuela modelo (Ceja, 1942, p. 35; Olvera, 1943, p. 32; Aguilera, 1950, p. 29).

La percepción de los pasantes sobre la escuela como modelo se debe, quizá, a dos motivos: en primer lugar la preocupación de los colonos por mantener las escuelas en óptimas condiciones a través de donativos, y no menos importantes fueron las inversiones que realizaba el gobierno del Territorio; por ejemplo, en 1945 se invirtió en las rurales de Punta Banda 2,071.58 pesos, en la de Calentura 3,000.00 y en la Uruapan 446.95 (El Heraldo de Baja California, 1941).

Todo indica que en el poblado de Santo Tomás para 1941 solo había una escuela, a la que el gobierno del Territorio destinó un total de 250.20 pesos ese año (El Heraldo de Baja California, 1941). Para finales de 1950 contaba con tres escuelas, una escuela ejidal y dos rurales (Bringas, 1951, p. 33). Según Roberto Bringas, las escuelas de Santo Tomás presentaban condiciones similares: bien iluminadas y ventiladas, "con amplios campos de juego para los alumnos", pero carecían de servicios sanitarios (Bringas, 1951, p. 33).

En lo que atañe a las escuelas mexicalenses, en la población de Cuervos había una, que fue inaugurada en diciembre de 1927 bajo el nombre de Padre Ugarte, estaba compuesta "exclusivamente de madera", con amplios salones, así como pasillos en esa misma situación que tenían ventanas "cubiertas con tela de alambre, a fin de proteger a los niños de toda molestia de insectos". El médico Federico Ortiz, que prestó su servicio en el lugar entre finales de 1942 e inicios de 1943, mencionó sobre la situación de esta escuela: en general una escuela con "excelentes condiciones higiénicas", puesto que "no se puede pedir más, tiene suficiente agua para los usos más indispensables, ya que todos los pobladores cooperaron monetariamente para hacer la compra de un motor y una bomba aspirante" (Ortiz, 1943, p. 81). Justo en la primera mitad del siglo XX el pasante Carlos Cevallos la catalogó como "la mejor dotada y acondicionada" de los ejidos de la zona (Cevallos, 1950, p. 25). Un año después Héctor Cortés mencionó que "dejaba mucho que desear" (Cortés, 1951, p. 29).

Para 1942 se había fundado la escuela Constituyentes de Querétaro en la Venustiano Carranza, "era el más vistoso edificio de la Colonia", y pese a "estar colocado en "buenos cimientos" sufrió una inundación en 1943, que hizo que la escuela quedara colocada sobre el cauce del río Colorado, por lo tanto se decidió cambiar la ubicación de la escuela, que en 1946 todavía "carecía de los acondicionamientos necesarios" (Fuentes, 1946, p. 27).

En un tono optimista, Luis Alfonso Lavalle dijo que el centro escolar de la Colonia Guerrero era "una gran habitación de madera con tejado de cartón, un pequeño portal y 3 ventanas", por lo que la ventilación de la escuela "aunque no demasiada, es suficiente

y tiene bastante luz”. No obstante, la realidad que observó no le permitió seguir con su optimismo, y escribió: “a causa del material del que está construida resulta muy poco refractaria a la temperatura exterior, siendo muy fría y húmeda en invierno e insoportable en el verano” (Lavalle, 1944, p. 21). Otro inconveniente era el pozo de la escuela, que “se encuentra a unos 4 o 5 metros de la letrina, exponiendo gradualmente la contaminación del agua por las filtraciones de los desechos sépticos” (Lavalle, 1944, p. 22).

Para mitigar la situación mencionada por Lavalle, y que al parecer vivían otras escuelas, el gobierno del Territorio invirtió un total de 10,738.16 pesos en reparaciones para las escuelas del Ejido México, del Quintana Roo, del Xochimilco, de la Colonia Zaragoza y de la Progreso, así como 27,754.43 pesos en la ampliación de la escuela Palacio y la del Ejido Michoacán, a esta última también se le construyó una cancha. Las escuelas del Ejido Morelos y la del Hidalgo recibieron 4,365.45 y 938.04 pesos respectivamente (El Heraldo de Baja California, 1941).

La de la Colonia Zacatecas –fundada a inicios de 1945– solo estaba constituida de un amplio salón que no estaba terminado del todo, con piso de tierra (Martínez, 1945, p. 29), “construido de adobe con sostenes de tronco, techos de varas cubiertas de lodo en su parte interna [...] dotada de amplios ventanales [sin vidrios] y dos puertas únicamente, que carecen de armazones”; la escuela constaba de “una rudimentaria instalación higiénica” (Araujo, 1945, p. 21). El patio de esta escuela era un pequeño terreno adyacente que había sido limpiado para tal propósito (Araujo, 1945, p. 21). Aunque con el paso del tiempo esta situación cambió, para 1946 se habían dedicado “veinte mil pesos” para la construcción de un edificio de madera “de tipo rural californiano, que tenía dos salas [...] un pequeño corredor y anexos se encuentran los servicios sanitarios. Todas las puertas y ventanas son de triple hoja: madera, cristal y tela de alambre”, por lo que el pasante Antonio Casas se refirió a “las condiciones higiénicas de luz, aire, amplitud [como] magníficas”. En el mismo terreno se construyó una habitación para el docente y un consultorio médico (Casas, 1946, p. 33). En torno a 1945 comenzaron a surgir nuevas escuelas en el Valle de Mexicali como del Ejido Guerrero que costó un total de 12,000 pesos, y se proyectaron las escuelas del Kilómetro 57, la del ejido San Luis Potosí y la de la Colonia Gómez, con un gasto aproximado de 37,290.11 pesos (El Heraldo de Baja California, 1941).

Las inversiones gubernamentales no parecen haber llegado a toda el área rural de Mexicali. La escuela que se encontraba en la cabecera de la subdelegación Delta era un “furgón viejo de madera enclavado en un terreno raso”, con una iluminación y ventilación “pésimas” y servicios sanitarios en condiciones similares (Insunza, 1946, p. 32). El centro escolar ubicado en Hechicera era un local de madera de “6 metros de largo por 5 de ancho, regularmente iluminado y bien ventilado” (Márquez, 1949, p. 29); Silverio Silva reportó en 1944 que el abastecimiento de agua en la escuela era correcto (Silva, 1945, p. 35). La

escuela que llevaba el nombre de Benito Juárez y se encontraba en la colonia homónima fue descrita como “una magnífica construcción” que constaba de un amplio salón de clases y un campo de recreo donde se practican varios deportes (García, 1950, p. 23).

En la colonia Silva del Valle de Mexicali la escuela estaba constituida por dos salones, había sido construida por los colonos. Era de tabique y cemento, techo a dos aguas, puertas de madera, ventanas con cristales y tela de alambre. Por eso Juan Gutiérrez señaló que la escuela “guarda las mejores condiciones higiénicas de luz, aire y amplitud”. Los servicios sanitarios estaban aislados, “siendo uno para niños y otro para niñas, distantes del edificio escolar, a unos 10 metros, eran fosas fijas con casetas de madera” (Castellanos, 1951, p. 31). En el ocaso de 1952 se apuntó sobre esta escuela: “cuenta con amplios salones, está rodeada de un patio destinado a juegos escolares” (Larios, 1953, p. 14).

Caso similar era la escuela que se ubicaba en el ejido Cucapá mestizo, que era “un edificio en magnífico estado de conservación, una sola aula circundada por numerosas ventanas, aseada y presentable”, que incluso en el segundo semestre de 1954 llegó a tener un consultorio.

Sus alrededores se encuentran cuidadosamente limpios, hay variedad de árboles y flores [...] Contaba con una pila, planta eléctrica de gasolina (única en el ejido) y bomba para regar los jardines. Los retretes son los mejores de la población construidos con adecuada ventilación y suficientes condiciones higiénicas [Cruz, 1954, p. 21].

Comentarios similares hizo la pasante Martha Becerril sobre la escuela de la colonia Hidalgo; la describió como “una escuela compuesta por dos edificios de reciente construcción que tienen sólida mampostería, están bien ventilados y tienen buena iluminación, su exterior e interior son agradables” (Becerril, 1953, p. 25). En el centro del ejido Distrito Federal se encontraba una escuela que había sido inaugurada en 1952, fue catalogada por Arturo Lelo como “de primera, con tres amplios salones amueblados y habitación para maestros”, foro al aire libre y un patio “muy amplio” (Lelo, 1953, p. 27).

En el ejido Veracruz se encontraba la escuela Carmen Serdán, que contaba con tres aulas, “siendo dos de tabique con techo de madera y otra construida en su totalidad de madera, las que no reúnen las condiciones de comodidades necesarias” (Ovalle, 1952, p. 17). La escuela ejidal Juan Escutia, ubicada en el Nayarit, construida en 1940, era totalmente de madera, se componía de dos aulas “espaciosas, que reúnen todos los adelantos de la técnica, las condiciones de iluminación son adecuadas; las puertas y ventanas están provistas de telas de alambre contra los mosquitos”. En lo referente al espacio de esparcimiento, “un campo deportivo, espacioso y adecuado [así mismo] los sanitarios reúnen las necesarias condiciones de higiene” (Zárate, 1952, p. 25).

En Paredones se reportó que hubo tres escuelas pertenecientes a los ejidos Torreón, Ciudad Victoria y Tabasco, “bien construidas [...] conformados por un único salón amplio y ventilado”, con sus respectivos sanitarios en el patio, del tipo de caseta (madera), tabla con orificios y fosa (Gutiérrez, 1950, p. 32; Farías, 1951).

Lo cierto es que hasta bien entrado el siglo XX habrá descripciones generales sobre las escuelas del Valle de Mexicali que las referirán como lugares muy similares (Constandse, 1951), porque todo indica que algunos pasantes estuvieron de visita o conocieron de paso varias zonas del Valle, pero no la totalidad, y se tenía una idea generalizada sobre las escuelas que ahí se encontraban. Sin embargo las ideas generalizadas sobre las escuelas rurales no fueron expuestas solo por algunos pasantes, en una nota del diario *El Nacional* reproducida en *El Heraldo* en 1941 se hizo una crítica a una revista que clasificó a las construcciones que albergaban las escuelas rurales bajacalifornianas como “jacalones” (El Heraldo de Baja California, 1941).

El pasante médico Luis Villamar Armenta describió en 1941 que todas las escuelas del Valle de Mexicali “están en buenas condiciones sanitarias, pues aunque los edificios son de madera, se hallan muy limpios, tienen amplios ventanales [con] una inmejorable iluminación natural y una buena ventilación, la temperatura en ellas es poco fuerte, sobre todo durante la época de calor” (Villamar, 1941, p. 29). No obstante, ese mismo año su colega Roberto Guridi escribió que las escuelas de La Iguana, del Mexicano y la Murguía, que constaban de un solo salón, construidas con cachanilla, adobe y madera, de dimensiones

proporcionadas para el número de alumnos, con muros altos, techos de dos aguas bien impermeabilizados, ventanas amplias, altas, protegidas con alambre que se cierran con maderas [...] carecían por completo de instalaciones sanitarias, no hay abastecimientos de agua y los alumnos orinan y defecan en el campo [Guridi, 1941, p. 30].

Luis Insunza reportó en 1946 que en Campos Nuevos de Delta había varias escuelas, construidas de madera

conforme un modelo económico, constando de un cuerpo central, rodeado por un corredor limitado por un barandal de madera, en donde se encuentra un salón bastante espacioso y con la suficiente iluminación y ventilación [...] Los servicios sanitarios constan de dos letrinas de madera y de dos fosas sépticas convenientemente construidas, además de un filtro de agua de donde se surten los educandos y el profesor del plantel. Adosado a este cuerpo central, existe otro pequeño que está destinado por dos pequeñas piezas de madera y un baño de regadera [Insunza, 1946, p. 32].

Sin embargo, como se observa, las situaciones de las escuelas eran diversas, algunas gozaban de todos los servicios disponibles en ese momento y con las condiciones necesarias para el desarrollo integral de los educandos, no obstante otras apenas tenían lo necesario para que estos tomaran sus clases. Para 1953 el pasante Raúl De la Torre escribió sobre las escuelas del Valle de Mexicali: "en cada ejido existe una escuela de madera amplia y bien iluminada" (De la Torre, 1953, p. 21). Tan importantes fueron los centros escolares que incluso se llegó a sugerir que algunas escuelas fueran "baluartes en contra del alcoholismo" (Bringas, 1951, p. 43).

En Tecate no había escuelas bajo la denominación de "rurales", los niños que vivían "en las rancherías que circundaban el pueblo son trasladados a la escuela por una camioneta que el gobierno del Territorio ha dado exclusivamente para este servicio" (Balcázar, 1945, p. 37). Aun así algunos edificios de esas escuelas estaban en "malas condiciones sanitarias [...] sus aulas carentes de buena ventilación, iluminación y calefacción" (Sánchez, 1947, p. 36). En Rosarito había dos escuelas rurales, la Mazatlán, o de Rosarito, y la Independencia. La rural Mazatlán contaba con dos salones y un patio de recreo (Saade, 1953, p. 14). Otros lugares más alejados de las poblaciones urbanas como Bahía de los Ángeles carecían de escuela todavía para 1938 (AHEBC, 1940).

Salud e higiene en los escolares

Respecto a las enfermedades documentadas de mayor frecuencia entre los estudiantes del valle de Mexicali, José Solorio notó la adenoiditis, amigdalitis, caries dentaria, escrofulosis, gripe, parasitosis intestinales, blefaco-conjuntivitis granular y vicios de refracción oculares (Solorio, 1941, p. 33). Por las que se excluía a los niños eran la tuberculosis pulmonar, ósea y cutánea, sífilis, paludismo, tiña, sarna, tosferina y sarampión (Olvera, 1943, p. 33; Pérez, 1938, p. 20), de carácter infecto-contagioso, lo que indica que estas también eran frecuentes entre el alumnado bajacaliforniano.

Al respecto en 1937 Luis Pérez señaló que en la escuela del Sauzal no se habían registrado hijos de padres tuberculosos ni sífilíticos, ni casos de masturbación (Pérez, 1938, p. 20). En la de la Vicente Guerrero se hizo una inspección de los niños asistentes a ella y se encontró "gran cantidad de parásitos y no pocas malformaciones de las vías respiratorias altas, raquitismo y desnutrición" (Lavalle, 1944, p. 21). Los niños "desnutridos son presa fácil de la tuberculosis si no se les cuida la convalecencia", escribió Cora Constandse (1951, p. 33).

La tuberculosis fue una enfermedad que se encontró con frecuencia en los niños de varios poblados (Ortiz, 1943, p. 67). Algunas razones más que dieron los pasantes de me-

dicina fueron que casi todas las viviendas que eran moradas por los niños y sus familiares eran “pequeñas, mal ventiladas” y con poca iluminación solar,

duermen aglomerados niños y adultos [...] La mayor parte posee piso de tierra floja, en donde sin ningún cuidado son arrojados los esputos por los enfermos, que una vez disecados flotan con el polvo del ambiente. Por otra parte los enfermos de tuberculosis no son segregados del medio familiar. La procreación por parte de individuos enfermos, de ambos sexos, se realiza sin ninguna medida proteccionista para los niños [Zárate, 1952, p. 19].

En febrero de 1948 el profesor Adolfo Cabrera Ocampo, director de educación federal, reportó que en su visita a la escuela del Ejido Nuevo León, una alumna de primer año presentaba todos los síntomas de la llamada peste blanca. Uno de los motivos que hacían pensar a Cabrera en su correcto diagnóstico era que ambos padres de la menor murieron de esa enfermedad, por lo que se decidió enviarla a casa, donde estaría al cuidado de su nonagenaria bisabuela. Cuando se presentaban situaciones como la mencionada las autoridades educativas pedían el auxilio de las de salud para evaluar la gravedad de la situación (AHEBC, 1945).

Como parte de la campaña contra la tuberculosis en 1950 fueron encontrados once alumnos con reacción positiva a la tuberculina en la escuela rural federal Coronel Esteban Cantú, establecida en el puerto de San Felipe, por lo que se decidió avisar a los padres de los alumnos para que los segundos fueran trasladados a Mexicali, en pro de confirmar o descartar el diagnóstico de la enfermedad mediante exámenes radiográficos (AHEBC, 1947). Sin embargo en otras escuelas era

costumbre no excluir a ningún niño de la escuela, aunque este sea portador de un padecimiento transmisible, como sucedió en una ocasión de rápida propagación de gripe, gracias a la facilidad que para ello brinda el trato entre condiscípulos [Lavallo, 1944, p. 21].

Para prevenir algunas de estas circunstancias se exigían ciertos requisitos al momento del ingreso de los alumnos a las escuelas, como la vacunación y una revisión con la cual se verificara el correcto estado de salud de los niños (Piñera y Fierros, 2021). Sin embargo esto no siempre sucedió, pues en algunas no se pedía “ningún requisito para la admisión de los alumnos, ni se realizaba el control de las enfermedades transmisibles” (Insunza, 1946, p. 32). Se llegó a escribir sobre este punto: “la higiene física se lleva desafortunadamente”, y se sugirió, “es conveniente el fichero individual, así como el examen médico inicial y exámenes periódicos cuando menos cada tres meses, pero que se pueda hacer una buena higiene física de los educandos” (Solorio, 1941, p. 33).

Guridi Sánchez se quejaba amargamente sobre la situación de los alumnos que asistían a las escuelas, “están muy lejos de poder recibir los beneficios de la vigilancia médica, quedando este asunto al exclusivo criterio del profesor, que haciendo lo posible procura cuidar de los niños que se le encomiendan” (Guridi, 1941, p. 30).

Y es que la inspección de los estudiantes por parte de los profesionales de la salud fue inconstante o en lapsos de tiempo muy espaciados. Ahí es donde los pasantes de medicina jugaron un papel importante, porque cuando no había alguno en las comunidades rurales, para cuestiones como la vacunación los padres de los escolares tenían que llevarlos a los Centros de Higiene ubicados en la zona citadina (Bringas, 1951, p. 33). En algunas partes se dio el caso que el médico ejidal visitaba las escuelas cada cierto tiempo, como sucedió en la Estación Cuervos, donde lo hacía “por lo menos una vez cada seis meses” para vacunar y examinar a los niños de la escuela del lugar (Cevallos, 1950, p. 25; Cortés, 1951, p. 29). En Ensenada los alumnos eran sometidos a examen médico una vez cada año por el mismo delegado sanitario (Aguilera, 1950, p. 27). Pero cuando se daba el caso de la llegada de un pasante a alguna área rural, él mismo los inspeccionaba o vacunaba (Gutiérrez, 1950, p. 31; De la Torre, 1953, p. 22). Así, Ignacio de las Fuentes señaló:

Mientras permanecí en mi servicio, estuve al pendiente de la inspección médica y de la educación higiénica de los niños, se les practicaba un examen de higiene y salud cada ocho días, y posteriormente una conferencia sobre higiene. Fue dada la maestra de un botiquín, adecuado y surtido de urgencia, para accidentes e insolaciones, que con frecuencia se presentan por arribar los niños de distancias considerables a la escuela [Fuentes, 1946, p. 27].

Sin duda la falta de atención para los niños del contexto rural fue una constante y los pasantes de medicina fueron esenciales para paliar esta necesidad, pero algunos duraban poco tiempo en dichos lugares. En esta tónica, Miguel Grageda, en su estancia en la Colonia Zacatecas, mencionó que mientras permaneció en el lugar estuvo pendiente de las enfermedades y de la educación de los niños, teniendo varias pláticas con los maestros sobre “las enfermedades más contagiosas y sobre la curación de los insolados, que es común en esta región, por el calor y por la distancia que tienen que recorrer algunos niños al concurrir a sus clases” (Grageda, 1950, p. 25). Comentarios similares fueron esgrimidos por Agustín Granados durante su pasantía en Estación Victoria en 1950:

La inspección médica de los escolares, se verifica únicamente durante el tiempo en que se halla en el lugar algún médico en servicio social, pues aunque ya ha habido otros médicos en el pueblo, de *motu proprio* [sic] no se han preocupado en este aspecto, igualmente es en esa ocasión cuando se procede a la vacunación de los escolares contra la viruela, también entonces se les dan algunas pequeñas

conferencias tendientes a mejorar su nivel higiénico y el de sus familiares. Afortunadamente con este proceder, se ha logrado que en varias casas se preocupen más por la limpieza de los pozos y excusados, así como que se vaya extendiendo la costumbre de hervir el agua de bebida [Granados, 1950, p. 42].

De hecho, la problemática no culminaba en ese punto, pues no dependía totalmente de los pasantes o de las autoridades médicas. Porque en ciertos lugares los estudiantes padecieron el mismo mobiliario, ya que las bancas y pupitres estaban en condiciones inadecuadas, "lo que predispone a las desviaciones de la columna vertebral" (Solorio, 1941, p. 33). Bajo dichas circunstancias los docentes se tuvieron que adaptar en el aspecto educativo, así como en el pertinente a otros cuadrantes de la vida cotidiana de los pobladores de las zonas rurales, a lo que hay que sumarle que de por sí era difícil conseguir profesorado para la atención de los niños de esas zonas (El Heraldo de Baja California, 1943).

El papel de los profesores

Uno de los aspectos en el que los docentes auxiliaron a los habitantes del medio rural fue la enseñanza de hábitos higiénicos a través de la educación porque, como ya se hizo mención, la higiene, la atención médica y la salud pública estaban todavía descuidadas en el ámbito rural de Baja California.

Así como los ya aludidos médicos pasantes, los profesores rurales ayudaron a paliar la deficiencia en aspectos como la vacunación antivariolosa, pues los docentes que ejercieron la docencia en el medio rural fueron figuras respetadas porque además de la educación formal llevaban a cabo múltiples funciones que auxiliaban en los diversos aspectos de su vida cotidiana a los moradores del mencionado espacio (Palacios, 1999). La imagen del profesor rural frecuentemente era retratada de manera heroica. En el diario independiente *Acción*, publicado en Nogales, se escribió sobre ellos:

...año con año, salen por caminos difíciles, hacia zonas ubicadas en el corazón de la sierra, en la costa insalubre, en los desiertos inhospitalarios, en las lejanías de nuestro territorio, hombres y mujeres que llevan una gran misión, un gran mensaje, un hondo propósito y una gran responsabilidad. Estos maestros rurales, que son modestos y sin pretensiones van a ocupar sus puestos, en las escuelas modestas de las numerosas poblaciones, poblados, rancherías y comunidades que los requieren [Acción, 1953].

Un pasante hizo alusión a que los profesores hacían "esfuerzos adaptándose al medio, para cumplir una misión tan noble como educar a la niñez futuro de nuestra patria" (Cortés, 1951, p. 29), pues muchas veces los maestros rurales padecieron en diversos aspectos,

como el de la adquisición de bienes, por lo que en ocasiones eran auxiliados con dinero y alimentos por los mismos alumnos y sus familiares para subsistir (Loyo, 1990). Otro pasante de nombre Rigoberto Araujo advirtió al respecto:

Venciendo estos obstáculos y dificultades, el ignorado maestro rural lleva a cabo una labor obscura y desconocida que pasa desapercibida muchas veces, pero cuya magnitud se comprende al reflexionar que trata de extirpar la raíz honda y positiva de los males que afligen a nuestro país e intenta sacudir la abulia e indiferencia ancestral que pesan sobre el ánimo de nuestro pueblo y hacer triunfar la educación y la cultura sobre la ignorancia y la barbarie [Araujo, 1945, p. 22].

Por su parte Antonio Ceja, que estuvo viviendo en la Sánchez Taboada a finales de 1942, indicó:

El profesorado es muy competente, pues además de inculcarles las enseñanzas primarias de toda escuela, los educan física y mentalmente por medio de consejos. Los mismos profesores les exigen el aseo personal, yo tuve oportunidad de permanecer cerca de ellos y observarlos todo el tiempo que duró mi servicio social, pues mi pequeño consultorio que consistía en 2 habitaciones adjuntas al edificio menor, así me lo permitía [Ceja, 1942, p. 35].

Es necesario destacar que la preparación académica de los profesores era de vital importancia, en el sentido de que les daba herramientas para llevar a cabo acciones que requerían de cierta lectura y entendimiento de conceptos como los presentados en los folletos, pues la enseñanza de la higiene por parte de los profesores “en gran parte es autoeducación”, es decir que se basaban en acciones para el cuidado de la salud que se habían convertido en cánones para ese propósito, que se complementaban “con conferencias dadas por el médico sanitario y diversos folletos que les llegaban en campañas, como la Semana Nacional de Higiene” (Aragón, 1937, p. 87).

En esa tónica, para inicios de la década de 1940 se reporta que todos los profesores eran “normalistas recibidos” (Villamar, 1941, p. 29), y es que, como ha demostrado Maríñez (2005, p. 204), entre 1937 y 1938 inició “una importante migración de maestros normalistas para Baja California”. Un pasante se refirió a los docentes como “personas bien preparadas que cuidan tanto su higiene personal como la de sus alumnos” (Guridi, 1941, p. 30). Otro escribió: “tienen un concepto de la higiene muy elevado, que imparten por separado a sus alumnos, exigiéndoles que asistan a la escuela lo más limpios que les sea posible” (Villamar, 1941, p. 29). A la par, los diversos estudiantes de medicina hicieron advertencias muy parecidas sobre la salud de los docentes, a los que catalogaron como

jóvenes sanos, de conducta ejemplar (Aragón, 1937, p. 87; Guridi, 1941, p. 30; Villamar, 1941, p. 29; Ceja, 1942, p. 35; Olvera, 1943, p. 33; Bringas, 1951, pp. 33-34).

Además de las opiniones positivas que los pasantes de medicina tenían sobre los docentes, se dieron interacciones cercanas entre estos grupos de profesionistas con la intención de la mejora en la salud del alumnado. El mencionado Araujo sostuvo con el profesor de la colonia Zacatecas “largas pláticas y enconados debates en que pude ampliar sus conocimientos de aquellas cuestiones de interés práctico y de ampliación diaria en el ejercicio del magisterio” (Araujo, 1945, p. 22). Una situación similar se dio en Santo Tomás, donde Roberto Bringas tuvo varias pláticas con la directora, y aprovechando la oportunidad decidió hacerle unas recomendaciones respecto a la higiene de la escuela y los escolares “para ampliar sus conocimientos al respecto” (Bringas, 1951, pp. 33-34). Se llegaron a crear

pequeñas brigadas de estudiantes que son encargadas de practicar los conocimientos elementales de higiene y terapéutica –esterilización del agua por hervor, empleo de gasa y empaque algodonado aislador de las heridas después de la desinfección de las mismas, curaciones húmedas calientes y otros– [Aragón, 1937, p. 88].

La educación higiénica de los maestros “es aceptable; excluyen de la escuela a los alumnos, a la sospecha de la enfermedad, durante el tiempo necesario, les procuran atención médica”, mencionó Agustín Granados (Granados, 1950, p. 42).

Niños que fueron reconocidos por los maestros con probables enfermedades contagiosas han sido conmutados a forzoso retiro de la escuela durante su enfermedad. Posteriormente se simplificó ello por ser llamado en dichos casos para dictar las medidas necesarias [Grageda, 1950, p. 25].

Durante su estancia en Hechicera, Silverio Silva dijo que los maestros “coadyuvaron mucho conmigo en la lucha contra las enfermedades transmisibles, pues al primer caso sospechoso se me avisaba y en algunas ocasiones ellos mismos recomendaban el aislamiento”, junto con una notificación a los padres (Silva, 1945, p. 35); de igual forma lo hizo la profesora de la Colonia Coahuila (Cervantes, 1945, p. 29). Algunos docentes llegaron incluso a ejecutar técnicas médicas como la aplicación de inyecciones (Cruz, 1954, p. 21).

Además de lo anterior, como se ha venido aludiendo a lo largo del texto, los centros escolares y los docentes tuvieron un papel importante en las campañas de vacunación, pues cumplían varias funciones en estas. En primer lugar los mismos profesores llegaron a fungir como organizadores (Lasky, 1953, p. 16). En segundo, fueron mediadores entre

los alumnos y sus padres y el saber médico aplicado, como en el caso de la profesora de la escuela de la Colonia Coahuila, que hizo notar “tanto a los alumnos como a sus padres la importancia de dichas campañas” (Cervantes, 1945, p. 29). En tercer lugar, participaban directamente en el acto de vacunación, como sucedió con el profesor Fortino Jiménez y su señora, que ayudaron al médico pasante Isaías Strygler en la escuela ubicada en la Estación Victoria (Strygler, 1952, p. 30).

Para mantener la salud de sus estudiantes a través de los hábitos de higiene personal, los profesores pedían que estos últimos fueran a la escuela “lo más aseados posible tanto en lo relativo a la ropa como manos y cara”, no obstante se señalaba que no siempre se lograba tal objetivo, se indicaba que era “por la tradicional apatía de nuestro pueblo” (Granados, 1950, p. 42), por lo que algunos médicos a su llegada daban pláticas sobre el aseo personal, abluciones, vestido, calzado, limpieza de manos y demás temas concernientes a la higiene (Aragón, 1937, p. 88). Luis Lavalle observó, durante su estancia en la Colonia Vicente Guerrero, el nulo uso de agua por parte de los estudiantes de la escuela del lugar, sino para beberla (Lavalle, 1944, p. 22).

Hay constancia de que durante el año de 1954 el profesor Francisco Castro Montoya, de la escuela del ejido Cucapá Mestizo, instaló un filtro manufacturado por él mismo que, en opinión del médico pasante Juan Cruz, “cuando menos hace el agua más limpia de impurezas” (Cruz, 1954, p. 21), debido a que en algunos lugares “el aprovisionamiento de agua en las escuelas rurales es básicamente defectuoso” (Villamar, 1941, p. 29). La instalación del filtro por parte de Francisco Castro probablemente se debió a la muerte por poliomielitis del hijo que el profesor tuvo junto a Rafaela Cárdenas, de nombre Humberto Castro Cárdenas –de un año, dos meses y cinco días– en abril de 1953, es decir que por ese hecho el mencionado profesor decidió extremar medidas de higiene (AHEBC, 1947). Por otra parte se puede observar que los docentes estaban supeditados a los avances de la ciencia, el acceso a estos y los recursos que se les permitían para mantener la limpieza de su medio de desarrollo y el de los educandos, puesto que en ese momento no había aún vacuna para la poliomielitis y, si bien tenían acceso al agua, no era seguro que esta pasara por los procesos de filtración y tratamiento por los que hoy pasa, pensando que el profesor Castro y su esposa cumplieran todas las pautas de higiene, como lo hacían saber los médicos en sus trabajos recepcionales.

Pero no fue solo eso, la incidencia de los profesores era tal que se involucraban en los aspectos alimenticios. En lo que respecta a la cuestión de la alimentación, los profesores llevaban a cabo, en conjunto con los alumnos, prácticas agrícolas derivadas de las políticas de los gobiernos posrevolucionarios, al igual que en las escuelas citadinas (Piñera y Fierros, 2021, p. 43), y aunque estas tenían como finalidad inculcar en los educandos la actividad de la siembra, es importante tener en consideración que los productos recolectados servían

bien para la mejora de la alimentación de los estudiantes y en ocasiones sus familias, porque se hicieron observaciones sobre la baja “asimilación que los chicos tienen de sus estudios”, como consecuencia “de las deficiencias en la alimentación” (Cruz, 1954, p. 21). Eduardo Zárate reportó el esmero con el que los alumnos trabajaban con su profesor “al momento de sembrar, cultivar y cosechar en el huerto” en algunas escuelas del Valle de Mexicali (Zárate, 1952, p. 25). En la escuela del Ejido Veracruz se hizo la observación de que la “parcela escolar, siempre sale desfalcada” (Ovalle, 1952, p. 18).

Conclusiones

Según los informes elaborados por los médicos pasantes que se consultaron para realizar esta investigación, la situación de las diversas comunidades del medio rural era adversa para muchos de los preceptos de higiene que se tuvieron durante el siglo XX; no obstante, es necesario precisar dos cuestiones respecto a la visión de los médicos. La primera es que, como se describió a lo largo de este artículo, algunos médicos no alcanzaron a visitar todos los poblados o los visitaron de paso, es decir, no pudieron conocer detalladamente la situación e hicieron descripciones generales, pero hubo algunos más que residieron incluso en las escuelas, estos tuvieron mayor tiempo para percibir la situación que acaecía en cada poblado con mayor detalle. La segunda es que la visión de los médicos debe de ser matizada en el sentido de que, por la naturaleza misma de su profesión, situaciones propias del entorno rural les pudieron parecer antihigiénicas, como la manera en la que se proveían de agua los residentes de ese espacio.

Sin embargo los médicos fueron de gran utilidad para muchos docentes, pues algunas veces los actualizaban en conocimientos de salud e higiene, de los que por cierto los primeros tenían opiniones muy positivas. Hubo otras ocasiones en que profesionales de ambos gremios actuaron en conjunto, ya fuera para dar charlas, combatir algún brote, cuidar la salud de los alumnos a través de la enseñanza de normas de higiene; situación que se debió a que el medio rural estaba descuidado, porque las autoridades carecían de personal y medios para brindar una atención continua a sus habitantes.

En este sentido se puede mencionar que las escuelas fueron importantes para paliar la falta de personal que ayudara a cuidar la salud e higiene del alumnado y sus familias. Algunos centros escolares dieron hogar a médicos que atendían a la comunidad en general, pero por residir en el lugar también a los escolares. Otro aspecto importante es que en muchas ocasiones las escuelas se convertían en centros de vacunación, y en escuelas donde se detectaba una enfermedad, pues aunque, paradójicamente, los alumnos se contagiaban en el lugar, esa situación ponía en alerta a la comunidad, y fue en esas emergencias cuando las autoridades sanitarias bajacalifornianas se apercebían en el

espacio, puesto que muchos de esos lugares no tenían delegación sanitaria u hospitales para tratar enfermedades graves.

Finalmente, no se puede dejar pasar las descripciones que hicieron los médicos sobre el medio de desarrollo de los niños, las enfermedades que eran más frecuentes en estos y los factores que los hacían ser más susceptibles a las diversas patologías, lo que da pie para desarrollar otro tipo de estudios que incluyan el análisis entre la relación de las enfermedades con los niños.

Referencias

- Acción (1953, ene. 20). Año XVI, n. 6671.
- Aguilera, L. (1950). *Informe general médico social y sanitario del Valle de Maneadero, Territorio Norte de la Baja California* [Tesis de Licenciatura]. Universidad Autónoma de México, Facultad de Medicina, México.
- AD IIH-UABC AGN [Acervo Documental del Instituto de Investigaciones Históricas-Universidad Autónoma de Baja California, Archivo General de la Nación]. México.
- AGN [Archivo General de la Nación] (1932). *Solicitud de Agustín Olachea, gobernador del Territorio Norte de Baja California, de los servicios de un médico*. Dirección General de Gobierno, Acervo Documental del Instituto de Investigaciones Históricas-Universidad Autónoma de Baja California (AD IIH-UABC) [9.54]. México.
- AGN (1939). *Exposición de J. Santos Lara, secretario general de la Liga Mexicana de Baja California, sobre los problemas y necesidades del Valle de Mexicali*. Lázaro Cárdenas, Acervo Documental del Instituto de Investigaciones Históricas-Universidad Autónoma de Baja California (AD IIH-UABC) [9.55]. México.
- AHEBC [Archivo Histórico del Estado de Baja California] (1940). Campaña contra las enfermedades infecciosas años de 1942, 1944, 1945, 1946, 1947, 1948, 1949. Fondo Gobierno del Estado, 331, exp. 3.
- AHEBC (1945). Campaña contra las enfermedades infecciosas años de 1942, 1944, 1945, 1946, 1947, 1948, 1949. Fondo Gobierno del Estado, 331, exp. 3.
- AHEBC (1947). Campaña contra las enfermedades infecciosas años de 1942, 1944, 1945, 1946, 1947, 1948, 1949. Fondo Gobierno del Estado, 331, exp. 1.
- Aragón, O. (1937). *Ensenada, Baja California, desde el punto de vista médico social* [Tesis de Licenciatura]. Universidad Autónoma de México, Facultad de Medicina, México.
- Araujo, R. (1945). *Informe general del servicio médico social en la Colonia Zacatecas, Valle de Mexicali, Territorio Norte de la Baja California* [Tesis de Licenciatura]. Universidad Autónoma de México, Facultad de Medicina, México.
- Armus, D. (2002). La enfermedad en la historiografía de América latina moderna. *Asclepio*, (2), 41-60.
- Balcázar, M. (1945). *Exploración sanitaria de la subdelegación de Tecate, Territorio Norte de la Baja California* [Tesis de Licenciatura]. Universidad Autónoma de México, Facultad de Medicina, México.

- Baños, R. (1951). *Informe sanitario de la subdelegación de Maneadero Ensenada, territorio Norte de la Baja California* [Tesis de Licenciatura]. Universidad Autónoma de México, Facultad de Medicina, México.
- Becerril, M. (1953). *Informe sanitario de la Colonia Hidalgo en Mexicali, B. C.* [Tesis de Licenciatura]. Universidad Autónoma de México, Facultad de Medicina, México.
- Belli, E. (1949). *Informe sobre la exploración sanitaria del Ejido Nacionalista Subdelegación del Maneadero, en el Territorio N. de la Baja California* [Tesis de Licenciatura]. Universidad Autónoma de México, Facultad de Medicina, México.
- Bonada, A. (2016). *Repercusiones ambientales en Tijuana durante el crecimiento industrial 1937-1980*. Instituto Sudcaliforniano de Cultura.
- Bringas, R. (1951). *Informe general de la exploración sanitaria realizada en Santo Tomás de Aquino, B. Cfa.* [Tesis de Licenciatura]. Universidad Autónoma de México, Facultad de Medicina, México.
- Carrillo, A. (1999). El inicio de la higiene escolar en México: Congreso Higiénico Pedagógico de 1882. *Revista Mexicana de Pediatría*, 66(2), 71-74.
- Carrillo, A. (2005). Salud pública y poder en México durante el Cardenismo, 1934-1940. *Dynamis*, (25), 145-178.
- Casas, A. (1946). *Condiciones médico sanitarias de la colonia agrícola Zacatecas, Valle de Mexicali, en el Territorio Norte de la Baja California* [Tesis de Licenciatura]. Universidad Autónoma de México, Facultad de Medicina, México.
- Castellanos, J. (1951). *Condiciones médico sanitarias de la Colonia Silva, Valle de Mexicali, en el Territorio Norte de la Baja California e incidencia de parasitosis intestinales en esta región* [Tesis de Licenciatura]. Universidad Autónoma de México, Facultad de Medicina, México.
- Castro, P. (2015). Educación para el campo durante la presidencia de Plutarco Elías Calles 1924-1928. *Polis*, 11(11), 11-43.
- Ceja, A. (1942). *Informe general sobre la exploración sanitaria del Valle de Maneadero del Territorio Norte de la Baja California* [Tesis de Licenciatura]. Universidad Autónoma de México, Facultad de Medicina, México.
- Cervantes, I. (1945). *Informe general sobre la exploración sanitaria de la Colonia Coahuila, Valle de Mexicali, Territorio Norte de la Baja California* [Tesis de Licenciatura]. Universidad Autónoma de México, Facultad de Medicina, México.
- Cevallos, C. (1950). *Estudio médico y social de Estación Cuervos, Baja California, T. N.* [Tesis de Licenciatura]. Universidad Autónoma de México, Facultad de Medicina, México.
- Chaoul, M (2012). La higiene escolar en la Ciudad de México en los inicios del siglo XX. *Historia Mexicana*, 62(1), 249-304.
- Civera, A. (2011). Notas sobre la historiografía de la educación rural en México. *Revista História da Educação*, 15(35), 11-31.
- Constandse, C. (1951). *Informe general sobre las condiciones higiénicas y sociales de la subdelegación de Hechicera, Baja California T. N. Algunas consideraciones sobre la profilaxis y el tratamiento de la tosferina* [Tesis de Licenciatura]. Universidad Autónoma de México, Facultad de Medicina, México.
- Cortés, H. (1951). *Tratamiento quirúrgico de un caso de apendicitis en Estación Cuervos, Baja California, T. N., e informe médico sanitario de la localidad* [Tesis de Licenciatura]. Universidad Autónoma de México, Facultad de Medicina, México.

- Cruz, J. (1954). *Condiciones médico-higiénicas del Ejido Cucapá Mestizo, Baja California* [Tesis de Licenciatura]. Universidad Autónoma de México, Facultad de Medicina, México.
- De la Torre, R. (1953). *Informe general sobre las condiciones higiénicas y sociales de la subdelegación de Hechicera, Baja California Norte. La psicoterapia como medio terapéutico de gran valor para el médico general* [Tesis de Licenciatura]. Universidad Autónoma de México, Facultad de Medicina, México.
- El Heraldo de Baja California (1941, ago. 25). Vol. I, año I, n. 60.
- El Heraldo de Baja California (1943, sep. 27). Vol. I, año II, n. 686.
- Fariás, G. (1951). *Informe médico social de Estación Paredones, Baja California, T. Nte. y breves consideraciones sobre la amibiasis intestinal* [Tesis de Licenciatura]. Universidad Autónoma de México, Facultad de Medicina, México.
- Fuentes, I. (1946). *Informe del servicio médico social realizado en la Colonia Venustiano Carranza, perteneciente al Territorio Norte de la Baja California* [Tesis de Licenciatura]. Universidad Autónoma de México, Facultad de Medicina, México.
- Fujigaki, A. (1969). Servicio social de médicos, enfermeras y odontólogos en relación con los programas de salud en la frontera norte de México. *Boletín de la Oficina Sanitaria Panamericana*, 1(66), 37-45.
- García, J. (1950). *Informe sanitario de la Colonia Benito Juárez, Baja California T. N.* [Tesis de Licenciatura]. Universidad Autónoma de México, Facultad de Medicina, México.
- Gómez, J. (2012). *Lealtades divididas. Camarillas y poder en México, 1913-1932*. Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/ Universidad Autónoma de Baja California.
- Grageda, M. (1950). *Informe general sobre la exploración sanitaria y duración e la inmunidad antivariolosa realizada en la Colonia Zacatecas, Territorio Norte de la Baja California* [Tesis de Licenciatura]. Universidad Autónoma de México, Facultad de Medicina, México.
- Granados, A. (1950). *Exploración sanitaria de la Estación Victoria, Valle Mexicali, Territorio Norte de la Baja California. Breve estudio sobre las principales enfermedades de la región. Vacunación antivariolosa* [Tesis de Licenciatura]. Universidad Autónoma de México, Facultad de Medicina, México.
- Graue-Wiechers, E. (2011). Educación médica y los sistemas de salud. *Gaceta Médica de México*, (147), 517-52.
- Grijalva, A. (2014). Agroindustria y algodón en el valle de Mexicali: La Compañía Industrial Jabonera del Pacífico. *Estudios Fronterizos*, 15(30), 11-42.
- Grijalva, A. (2021). Hechicera a través de las miradas médicas. *El Río*, (52), 23-28.
- Guridi, R. (1941). *Exploración sanitaria de la colonia Venustiano Carranza, del Valle de Mexicali, Territorio Norte de Baja California* [Tesis de Licenciatura]. Universidad Autónoma de México, Facultad de Medicina, México.
- Cutiérrez, J. (1950). *Informe general sobre la exploración sanitaria de Paredones, Baja California y relación de casos clínicos durante el desempeño del servicio social* [Tesis de Licenciatura]. Universidad Autónoma de México, Facultad de Medicina, México.
- Insunza, L. (1946). *Catastro sanitario y estudio médico social de la población de Campos Nuevos de Delta, Territorio Norte de la Baja California* [Tesis de Licenciatura]. Universidad Autónoma de México, Facultad de Medicina, México.
- Larios, O. (1953). *Informe del ejercicio de la medicina en la Colonia Silva, Baja California Norte. Enteritis regional, Territorio Norte de la Baja California* [Tesis de Licenciatura]. Universidad Autónoma de México, Facultad de Medicina, México.

- Lasky, M. (1953). *Informe médico-social del ejercicio de la medicina en Estación victoria, Km. 43 Baja California. Hernia inguinal recidivante y su tratamiento quirúrgico* [Tesis de Licenciatura]. Universidad Autónoma de México, Facultad de Medicina, México.
- Lavalle, L. (1944). *Contribución al estudio sanitario de la Colonia Vicente Guerrero, Distrito Norte de la Baja California* [Tesis de Licenciatura]. Universidad Autónoma de México, Facultad de Medicina, México.
- Lelo, A. (1953). *Informe del ejercicio de la medicina en el Ejido Distrito Federal, Baja California Norte* [Tesis de Licenciatura]. Universidad Autónoma de México, Facultad de Medicina, México.
- Loyo, E. (1990). Las escuelas rurales "Artículo 123" (1917-1940). *Historia Mexicana*, 40(2), 299-336.
- Maríñez, M. (2005). *La escuela primaria en el Territorio Norte de Baja California durante el régimen del presidente Lázaro Cárdenas, 1934-1940* [Tesis de Maestría]. Universidad Autónoma de Baja California, Baja California, México.
- Maríñez, M. (2011). *La resignificación de la política educativa de la unidad nacional en el Territorio Norte de la Baja California. El liderazgo de los profesores, 1940-1952* [Tesis de Doctorado]. Instituto Politécnico Nacional, Ciudad de México.
- Márquez, E. (1949). *Exploración sanitaria e investigación de la susceptibilidad variolosa en Hechicera, B. Cfa.* [Tesis de Licenciatura]. Universidad Autónoma de México, Facultad de Medicina, México.
- Martínez, I. (1945). *Informe general sobre la exploración sanitaria de la Colonia Coahuila, Valle de Mexicali Territorio Norte* [Tesis de Licenciatura]. Universidad Autónoma de México, México.
- Martínez, I., Osorno, F., y García, J. (2016). *El reparto agrario en el valle de Mexicali, el ejido colectivo y la integración del territorio: una utopía cardenista*. Ponencia presentada en el XIV Coloquio Internacional de Geocrítica "Las utopías y la construcción de la sociedad del futuro", Barcelona. <https://www.ub.edu/geocrit/xiv-coloquio/MartinezOsornoGarcia.pdf>
- Méndez, J. (2017). Actividad empresarial en el agro bajacaliforniano. La familia Hussong: del sector de servicios a la finca de Ojos Negros y la Bodega vinícola de San Rafael. En A. Grijalva, y J. Gracida (coords.), *Empresarios, empresas y actividad agrícola en el norte de México: siglo XX*. El Colegio de Sonora.
- Menéndez, R., y Gudiño, R. (2020). El Departamento de Psicopedagogía e Higiene y los espacios escolares, una aproximación institucional. México, 1924-1930. *A&P Continuidad*, 7(13), 40-49.
- Olvera, H. (1943). *Informe general sobre la exploración sanitaria del ejido Nacionalista del Valle del manadero Territorio Norte de la Baja California* [Tesis de Licenciatura]. Universidad Autónoma de México, Facultad de Medicina, México.
- Ortiz, F. (1943). *Informe general sobre la exploración sanitaria en el Estación Cuervos, en el Distrito Norte de la Baja California, efectuada durante los meses de diciembre de 1942 a abril de 1943* [Tesis de Licenciatura]. Universidad Autónoma de México, Facultad de Medicina, México.
- Ovalle, A. (1952). *Informe general sobre las condiciones sanitarias en el Ejido Veracruz, Grupo Marítimo, Territorio Norte de la Baja California* [Tesis de Licenciatura]. Universidad Autónoma de México, Facultad de Medicina, México.
- Palacios, G. (1999). *La pluma y el arado. Los intelectuales pedagogos y la construcción sociocultural del problema campesino en México, 1932-1934*. El Colegio de México.
- Pérez, L. (1938). *Condiciones higiénicas, sanitarias y sociales de Sauzal, Baja California* [Tesis de Licenciatura]. Universidad Autónoma de México, Facultad de Medicina, México.

- Piñera, D., y Fierros, A. (2021). Los inicios de la higiene escolar en Baja California (1900-1940). *Revista Mexicana de Historia de la Educación*, X(19), 21-46.
- Piñera, D., y Bejarano, A. (2011). Expresiones arquitectónicas compartidas en la frontera de Baja California y California. *Culturales*, 7(14), 159-184.
- Piñera, D., y Rivera, G. (2013). *Tijuana in history. Just crossing the border*. CECUT.
- Primer Congreso Nacional de Higiene Rural (1935). Morelia. <https://xdoc.mx/documents/primer-congreso-nacional-de-higiene-rural-celebrado-en-5e40694d46267>
- Reynoso, I. (2020). *El agrarismo radical en México. una biografía política de Úrsulo Galván, Primo Tapia y José Guadalupe Rodríguez*. Universidad Autónoma del Estado de Morelos.
- Saade, A. (1953). *Informe sanitario del Rosarito, subdelegación de Tijuana, B. C.* [Tesis de Licenciatura]. Universidad Autónoma de México, Facultad de Medicina, México.
- Sánchez, F. (1947). *Informe general sanitario y su relación con las enfermedades de origen hídrico en la población de Tecate, Baja California* [Tesis de Licenciatura]. Universidad Autónoma de México, Facultad de Medicina, México.
- Silva, S. (1945). *Informe General sobre la exploración sanitaria de Estación Hechicera, T. Norte de Baja California* [Tesis de Licenciatura]. Universidad Autónoma de México, Facultad de Medicina, México.
- Solorio, J. (1941). *Informe general sobre la exploración sanitaria en el Valle de Mexicali, Baja California* [Tesis de Licenciatura]. Universidad Autónoma de México, Facultad de Medicina, México.
- Strygler, I. (1952). *Informe médico-social del ejercicio de la medicina en la Estación Victoria, Baja California T. N. Biopsia cervical. Su importancia en el diagnostico precoz del carcinoma in situ.* [Tesis de Licenciatura]. Universidad Autónoma de México, Facultad de Medicina, México.
- Villamar, L. (1941). *Informe general de la exploración sanitaria del Valle de Mexicali, Baja California* [Tesis de Licenciatura]. Universidad Autónoma de México, Facultad de Medicina, México.
- Zárate, E. (1952). *Exploración sanitaria de Ejido Nayarit, Territorio Norte de la Baja California. Duración de la inmunidad antivariolosa en la localidad* [Tesis de Licenciatura]. Universidad Autónoma de México, Facultad de Medicina, México.